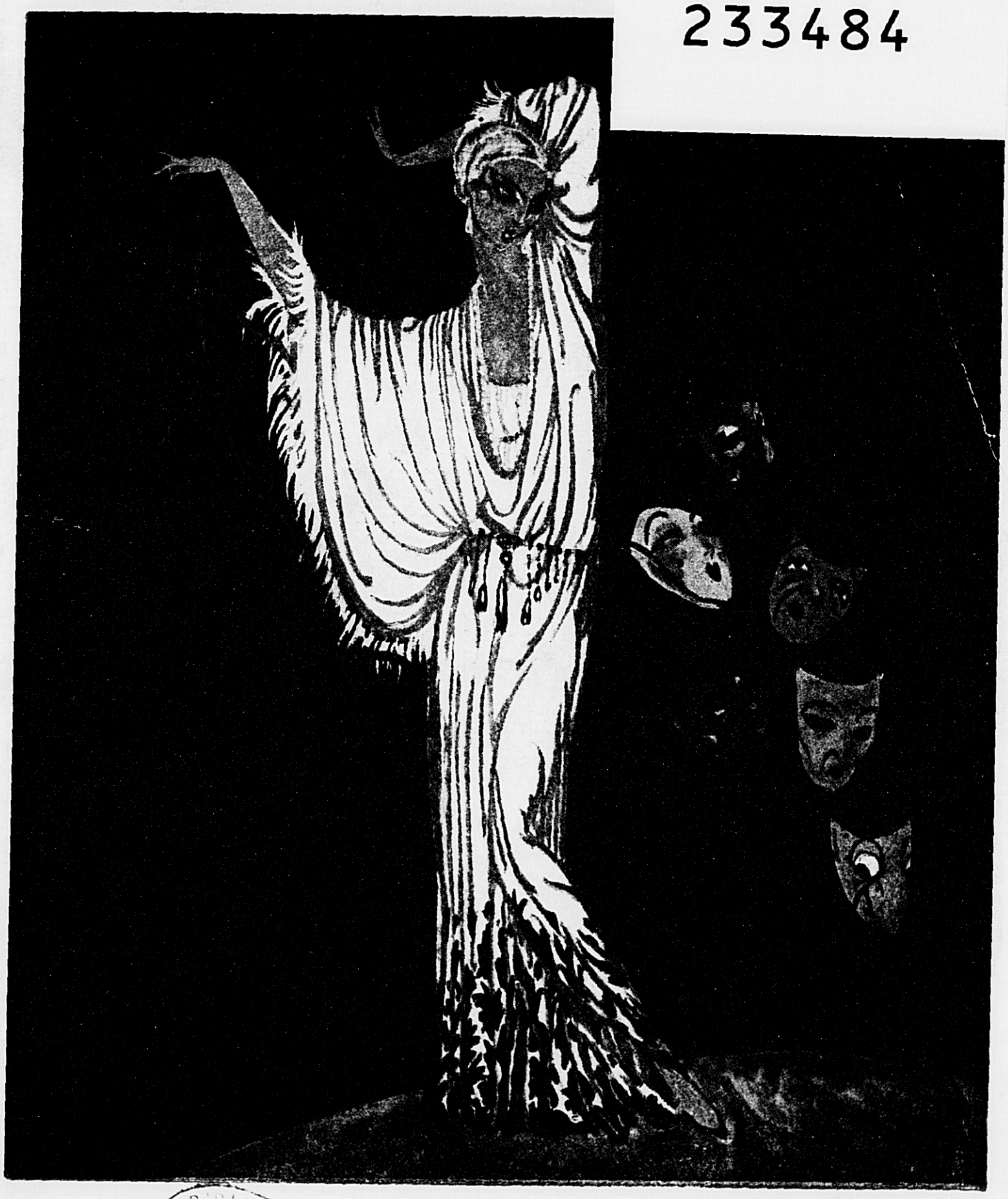
LA NOVELA D

1

233484



F A R S A

Por JOSE ZAMORA

BIBLIOTECA MADRID

UNA PESETA

1

233484

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

OBRAS DE W. FERNANDEZ FLOREZ

La procesión de los dias, novela (3.ª edición).

"Volvoreta", novela premiada en el concurso de Bellas Artes (7.ª edición).

Ha entrado un ladrón, novela (5.ª edición).

Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (4.ª edición).

El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).

Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (2.ª edición).

Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).

El secreto de Barba Azul, novela (12.° millar).

Las siete columnas, novela.

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

Visiones de neurastenia (2.ª edición). Cuatro pesetas.

Silencio, novela (edición popular, 2 pesetas).

Mendizábal, 42. - Madrid

LEA USTED

El hijo legal

POR

ARTEMIO PRECIOSO

CON UN PRÓLOGO DE

W. Fernández Flórez

Contiene este volumen las siguientes novelas: El hijo legal. - La vida estéril. - El descontento. - Fémina. - Noche de luna.

CUATRO pesetas cada volumen

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

LA NOVELA DE NOCHE

OFICINAS: MENDIZÁBAL, 42

MADRID

APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

ESPAÑA

Año..... 32 pesetas.
Semestre..... 19 —

EXTRANJERO

Año..... 12 pesetas.
Semestre..... 13 —

PORTUGAL Y AMERICA

Año..... 24 pesetas.
Semestre..... 14 —

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro postal o sellos de correos.

47/1504459

EN NUESTRO PRÓXIMO
NÚMERO PUBLICAREMOS

CAMINO RECTO

POR

LUIS RUBIO HIDALGO

ILUSTRACIONES DE
BELLON

R. 3222366

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL.

APARTADO 473

Año III Madrid, 30 de mayo de 1926 Núm. 53

FARSA

Novela de

JOSE ZAMORA

Ilustraciones del mismo

UNA PESETA

MADRID
IMPRENTA ARTÍSTICA. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - TELÉFONO 17 - 65 J.
1926

LINEAS PRELIMINARES

La novela de José Zamora que hoy publicamos es prueba evidente del talento y del temperamento artístico del famoso dibujante. Los lectores quedarán encantados de La farsa. *Si Pepito Zamora cultivara la novela, llegaría a ser en muy poco tiempo uno de nuestros novelistas más agudos e interesantes. ¡Qué sutileza, qué fino aticismo, qué aguda ironía en los diálogos!*

José Zamora es el artista español, después de Blasco Ibáñez, que más positivos éxitos de Arte ha obtenido en el Extranjero. Para

ver y darse cuenta del triunfo de nuestro compatriota, baste decir que es uno de los tiranos de las más renombradas y triunfadoras artistas extranjeras. El decorado, los figurines, toda la parte artística de las revistas teatrales francesas, que tanto admiran los españoles que van a París, se deben al lápiz de este español ilustre, que tuvo que marchar de aquí repelido por nuestro ambiente hipócrita, convencional y farisaico.

Tiene Zamora una novela escrita, no publicada, en la que el genial artista pinta con rasgos maestros a muchos tipos de nuestro medio literario y artístico, a muchos críticos, y a otros ejemplares de la fauna española. Yo he leído esa novela, y cuando Zamorita se decida a publicarla, se armará un escándalo de esos tan propicios en una reunión de comadres maldicientes.

Cuando se llega a la cumbre del Arte, como llegó Benavente, y en otro orden ha llegado José Zamora, tratar de inmiscuirse en la vida privada del artista es una vileza im-

perdonable. Pero en España todo se aprovecha para empañar la gloria o el prestigio de los hijos de Apolo. Lo que aquí se disculpa indulgentemente a un pura sangre o a un usurero, a un mercachifle o a un viejo libidinoso, no se perdona a los elegidos de Dios. Aquí, si el artista está tildado de ambiguo, caen sobre él todas las canalladas de los envidiosos; si es mujeriego y muy hombre, se le tilda de vicioso, de vivir enfangado; y si es un hombre ecuánime, que no traiciona a su mujer, entonces es un pobre hombre, insincero, burgués despreciable, reñido con el Arte... Total: en España, por regla general, el artista es odiado, despreciado, vilipendiado, perseguido... En resumen: que se impone la emigración... o la prevaricación. (Pero de todo esto estoy escribiendo un libro, que no sé si se titulará El artista en España, Vergüenzas de mi patria, o ambas cosas. Será un libro-despedida, pues él cerrará, por ahora, mi actuación humilde en nuestra querida y desgraciada nación...)

Perdonad esta breve digresión personal. Y volvamos a José Zamora.

Esta novela, Farsa, *cuyo título es simbólico, porque en él está condensada la vida española, encierra, con la filosofía de un mundano elegante, la psicología femenina de un Felipe Trigo, aquel gran escritor que fué en vida—¿cómo no?—calumniado, injuriado, incomprendido...*

Como estas líneas no pretenden ser crítica, *sino comento breve, entretenido, ligero y frívolo, sólo añadiré unas cuantas palabras, a saber:*

José Zamora, el gran artista, el inmenso dibujante, el artista exquisito, se revela en Farsa *como un novelista sutil, agudo, ingenioso, hábil y ameno... Retiradme, lectores, vuestra estimación—mi único tesoro—si después de leerla no opináis lo mismo.*

Y entonemos una oración al Dios Verdadero, al de la Justicia, al de la Verdad, para que la vida de España deje de ser hipócrita, taimada, cazurra, farisaica e inmoral... Una

oración al Dios Nuestro, al Dios del Arte, al Dios de la Libertad, para que tenga piedad de los escritores españoles, los cuales deben morir antes que claudicar bajo las inmundas pezuñas—*atacadas de glosopeda—de los* farsantes... *¡La farsa, la eterna farsa!*

Antonio Zozaya

FARSA

CAPITULO PRIMERO

Monna dirigió una última mirada llena de nostalgia a la calle desierta, bajo el aguacero monótono de aquella tarde otoñal, y después se adentró con un largo suspiro de hastío por el largo pasillo lóbrego, lleno de cajones polvorientos, de baúles viejos y de decoraciones dobladas.

Sin saber por qué sintió Monna por primera vez lo pueril, vacuo y absurdo de aquella farsa cotidiana, sin fe y sin ilusión, a la cual dedicara quince años de su vida, su belleza maravillosa, y todos sus entusiasmos y fervores. "¡Todo es lo mismo!—pensó—. Nadie ve del teatro sino lo que cabe en el haz

luminoso del reflector... Y únicamente nosotros vemos el revés miserable, tedioso, triste. Y yo no puedo quejarme. Dentro de unos días dejaré de ser Monna Foscari para volver a ser sencillamente Mónica Arenal. Es decir, no; la señora de Arroyo. Y acabará por fin esta vida..." Se detuvo un momento, ante la puerta cerrada, como si fuera la de su destino. Y luego abrió la puerta, atravesando el patio. Subió veloz la escalera y entró en el escenario.

—Date prisa, chica. Te advierto que Fuentes está de un humor de cachalote, y que están poniendo multas a todo el mundo.

Era Paquita Robles, una segunda tiple, menudita y andrógina. Monna se encogió de hombros:

—Me da lo mismo. Pagan tan mal, que un poco más o menos...

—Sí—respondió Paquita—. Pero ahora no se puede jugar con las cosas del teatro. Con esto del Sindicato. Por más que a ti poco te importa... Como tú tienes el mal gusto



de sindicarte con tu novio el mes que viene...

—Señorita Monna—interrumpió un traspunte—. En su cuarto la están esperando la modista y la sombrerera. Y ha venido también un señor periodista, que quiere verla para una "interviú".

—Chica, no te dejan un momento tranquila—exclamó Paquita—. Está visto que lo peor en este mundo es llegar a ser una celebridad. Mira a mí, en cambio, qué tranquila me dejan... por el día.

Monna escuchaba el alocado charlar de la Robles con una sonrisa afectadamente amable; en el fondo sentía poca simpatía por su compañera, envidiosa y zalamera, capaz de todas las traiciones y de disimularlas luego con su máscara de ingenuidad, estudiada largamente ante el espejo. Después, Monna fué hacia la batería, aún apagada.

No era todavía su turno de ensayo, y se sentó junto al piano, en la penumbra de un bastidor.

—Vamos a ver... las bayaderas sagradas...—gritó el director de escena, dando una palmada.

Con la lentitud de un rebaño cansado, se adelantaron algunas bailarinas, en las que nadie hubiese podido adivinar a las seductoras bayaderas que medio desnudas en sus pantalones de oro y sus amplias faldas de seda florida evolucionarían más tarde, al compás de "Hindustan"...

—¿La divierte a usted ver ensayar?—interrogó el barítono, sentándose junto a ella.

Monna le miró con cierta simpatía; era un muchacho guapo, de buena familia, que había debutado hacía pocos días, y aún conservaba la corrección de modales y el respeto a la mujer, que tan pronto se pierde en el teatro, so capa de una falsa camaradería en la que nadie cree, y que no utilizan sino para molestarse mutuamente, o para tomarse excesivas confianzas.

—Al contrario, me dan mucha lástima... Pensar que ninguna de ellas llegará a ser más de lo que es... Es un estancamiento ho-

rrible, del que tal vez ellas mismas no se dan cuenta, y que acaba por anularlas.

—Es que—dijo el muchacho, animado al ver que la desdeñosa Foscari prestaba atención a sus palabras—en España es rara la persona que tiene la ambición de llegar a ser "más"... Se conforman con lo que tienen, y tienen una pobre idea del lujo... Así, por ejemplo, estas pobres chicas se conforman, es más, están orgullosas con haber llegado a ser bailarinas del teatro de la Reina... Y el arte las tiene más sin cuidado todavía... Para unas, la escena es sólo un medio de ganarse la vida, como se la ganarían cosiendo... Para otras es un escaparate, donde a su vez, dócilmente, ellas ostentarán el lujo de sus amigos, pero sin participar casi de él... Y para otras es un medio como otro cualquiera de atrapar un marido y de retirarse de la escena para convertirse en una señora sin importancia y sin personalidad. ¡Qué abdicación tan ridícula!...

Monna le miró, asombrada, creyendo que

trataba de zaherirla, pronta a la respuesta desdeñosa... Pero comprendió que el muchacho, aún no avezado a las habilillas de entre bastidores, no estaba enterado de su próxima boda, y que hablaba impulsado solamente por su ardor de neófito, inflamado aún en el puro amor del Arte.

—Tal vez tenga usted razón—murmuró Monna—. Pero usted habla así porque aún no conoce el teatro... Luego será usted más indulgente...

—Usted es indulgente como todas las mujeres bonitas que han llegado...

Monna sonrió y guardó silencio, para detener la conversación en el terreno resbaladizo de los galanteos...

En un rincón oscuro, resguardadas de las heladas corrientes de aire, sentadas en sillas bajas, un grupo de actrices hacía "jersey" como si estuviesen en una apacible tertulia de vecinas. Una de ellas, con un espléndido sombrero de *aigrettes* grises, y una estola de chinchillas, explicaba minuciosamente una receta de estofado:

—Pues yo, hija mía, le añado siempre un poco de chocolate para espesar la salsa, y después le doy vueltas despacito...

La característica, quitándose las gafas y doblando su labor, dictaminó:

—Yo tengo una receta de mi abuela que es una cosa especial...

—Como que será del siglo XVIII—murmuró la abominable Paquita Robles, que estaba en todos lados y en todos metía cizaña, al oído de Fifita Soler, que se rió afectadamente, respondiendo:

—De la edad de Monna...

La Robles, venenosamente, corrigió bastante alto, porque Monna pasaba cerca:

—¡Fifita, por Dios! Si Monna no me lleva más que diez años... Y, además, está muy bien conservada...

Monna desdeñó el ataque y cruzó ante ellas, para acercarse a la concha su papel en mano. Despojada del sombrero y del abrigo, aparecía esbeltísima, frágil hasta la exageración dentro de su larga túnica de terciopelo rojo lacre. El ardiente matiz hacía resaltar la palidez dorada de su rostro bajo la aureola de seda rubia plateada de su cabellera. Sus ojos, maravillosamente claros, resplandecían en las profundas ojeras, y su boca, pintada de una púrpura violenta, tenía la forma de una flor.

A pesar suyo, Paquita declaró, subyugada por el esplendor de la belleza de Monna:

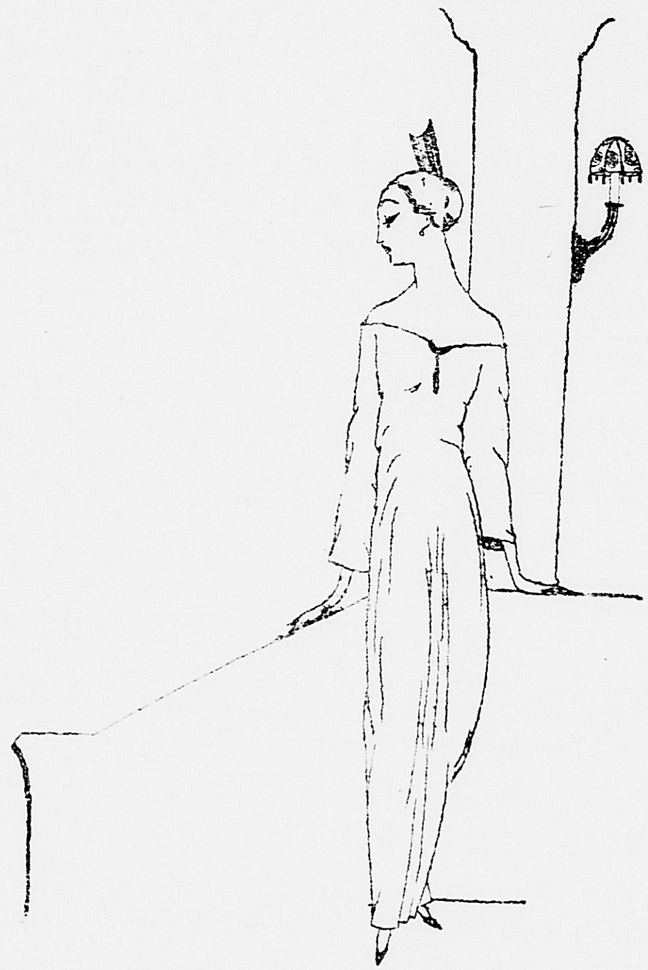
—No y como guapa, es un rato largo de guapa... Como que me da lástima de su marido...

Guardaron silencio, porque la Foscari empezó a ensayar su romanza...

CAPITULO II

Mónica, sentada ante el vargueño de ébano incrustado de marfil, se entretenía en clasificar o romper retratos, cartas, programas, recortes de periódicos, todo lo que quedaba de la admirada Monna Foscari, y sobre sus finos labios erraba una vaga sonrisa indefinible, y en sus manos había el gesto de indiferencia maquinal que tendría, si no hubiese conocido nunca a la célebre estrella desaparecida.

Y tal vez fuese así, de tal modo la habían cambiado cuatro meses de existencia apacible, desde su boda con Raimundo Arroyo... Cuatro meses pasados en la calma de-



liciosa de un cortijo andaluz, iluminados por el más espléndido sol de invierno y por el cariño—tal vez demasiado de invierno éste—de su marido... Pero ahora, en Madrid, había cambiado la decoración, y su papel, porque Raimundo había anunciado su deseo de hacer una vida de sociedad, de dar comidas, tes, partidas de *bridge* y de *golf*, de asistir a las carreras y al Real. Mónica se resignó a su difícil papel en aquella cotidiana comedia, en la que ella era la única actriz, porque ninguna señora, ni aun las que la admiraban o envidiaban en escena e incluso copiaban sus trajes y sus gestos, consintió en pisar los salones de Mónica Arroyo. Los maridos, es verdad, no faltaban una sola noche y excusaban a sus esposas con una solicitud conmovedora; era cosa de creer que una epidemia de jaquecas y de catarros se cernía implacable sobre las damas madrileñas, privándolas del placer de asistir a las fastuosas fiestas de Mónica. Con un desdén olímpico, ella ni siquiera se quejó a Raimundo. Aque-

llo lo tenía ya descontado; siguió, imperturbable y radiante, ocupándose de sus invitados y sin querer advertir que muchos hubiesen deseado ocuparse de ellos más de la cuenta.

* * *

En el suntuoso *fumoir*, en torno de la gran chimenea, revestida de azulejos, los *smokings* de Raimundo Arroyo y de sus amigos, el duque de la Alberca y José Luis de Alzate, contrastaban curiosamente con las tablas del siglo XVII, los vargueños italianos y las casullas recamadas de sedas desvaídas que tapizaban el barandal de la escalera, de diez tramos, que conducía a las habitaciones de Mónica.

Ya habían agotado los tres amigos todos los temas de conversación posibles, todos los *potins* mundanos y medio mundanos y todos los *cock-tails* preparados sabiamente por Raimundo; y ahora callaban, con la expectación de conocer, por fin, de cerca a la famosa



Monna Foscari en su papel de dama *comme-il-faut*...

Unos pasos leves resonaron detrás del tapiz heráldico que ocultaba la taraceada puertecilla de la escalera. El duque y José Luis de Alzate arrojaron simultáneamente sus *Dimitrinos* y se pusieron en pie, mientras Raimundo, con sonrisa orgullosa del que va a mostrar su mejor adquisición, avanzaba hacia la escalera, en cuyo último tramo apareció muy teatralmente Mónica, envuelta en tules de color de nube velando el atrevido descote y los brazos desnudos.

El duque de la Alberca, tal vez para salvaguardia de su reputación de hombre elegante y *blasé* que juzgaría de mal gusto asombrarse ante nada, murmuró al oído de José Luis, visiblemente deslumbrado:

—No está mal... Pero muy *cabotine*... No la falta más que el reflector y el vals...

—Mónica—exclamó Raimundo, cogiendo de la mano a su mujer—, te presento a un viejo amigo mío, el duque de la Alberca, y

a un conocido tuyo, José Luis de Alzate, un loco que ha tenido el buen gusto de dejar de ser el barítono Alzate para seguir siendo el hijo de los marqueses de Alzate...

Mónica tendió su mano a los dos elegantes, curvados en una idéntica reverencia, y se sentó en un sitial, junto al fuego. José Luis sintió la indelicadeza no buscada, pero hiriente, de Raimundo al reprobar tan abiertamente sus tentativas en un arte que era toda la gloria de Mónica, y quiso remediarla para congraciarse con ella:

—Seguramente no me recordará usted... Yo era tan insignificante al lado de su fama...

—Querido Pepé Luis—dijo Raimundo negligentemente, mientras preparaba un nuevo *cock-tail*—. Mi mujer es *née* Mónica Arenal...

Y añadió con una entonación llena de indiferencia por aquel pequeño incidente:

—Mónica, ¿prefieres Kummel o Sherry?

CAPITULO III

Con un golpe de *putter*, flojo y preciso, Mónica envió la pelota hasta el último agujero; el *cady* volvió a colocar el poste adornado con una banderita, y José Luis exclamó admirativo:

—Ha ganado hoy también Monna... Y en cuarenta y tres puntos...; es realmente un *tour de force*...

—Servirá para que me tengan un poco más de envidia y tal vez de rabia disimulada bajo las sonrisas y los elogios... Además, lo hacen tan mal...

—¿El qué, el disimular?

—No... El jugar... Allí tiene usted al du-

que destruyendo concienzudamente el *link*, que estaba tan bonito antes de que él llegase, y que ahora parece los felpudos que ponen en la Zarzuela cuando hacen *Maruxa*... Mi marido, que juega con la misma seriedad que si estuviese planeando una operación de Bolsa... Paquita Robles, perdón, la señora de Enjaradilla desde hace quince días, vestida como para salir en una opereta inglesa y manejando los *clubs* con una inexperiencia peligrosa...

—Si estuviese tan experta en el *golf* como en lo que la ha dado su sobrenombre, tendría el campeonato del mundo...

—José Luis, no sea usted chismoso...—replicó Monica con graciosa severidad—. Tiemblo al pensar en lo que hubiese llegado usted a ser si hubiese frecuentado los bastidores...

—Como me ha prohibido usted que la hable de una porción de cosas interesantes...

—Sobre todo para usted... Además, ya sabe usted que estoy acostumbrada a soportar conversaciones interminables sobre caballos de carreras, recetas de *cock-tails*, Altos Hornos, Resineras, Felgueras...

—¡Por Dios, Monna! Esos horribles términos en sus labios...

—No me llame usted Monna si no quiere usted exasperar a mi marido...

—Querría exasperarle, pero por otros motivos...

—Es usted incorregible, José Luis... Hablemos de otra cosa.

—Bueno... Hablemos de mí...

—¡Egoísta!...

—De usted...

—¡Egoísta!...

—Esto es horrible, Mónica... Me gustaría poder quejarme de que juega usted conmigo, y no alcanzo esa pequeña satisfacción de amor propio...

—Que está deseando transformarse en amor ajeno... Sea usted más original, José Luis... Ya está muy visto eso de desear la mujer del prójimo...

—Mónica... Bueno, esto de prohibirme que la llame a usted Monna me cohibe. Casi no hay manera de llamarle a usted Mónica, un nombre tan severo, tan de señora mayor, para decirla a usted cosas decisivas.

—Cuando mi madre me dió a luz, en mi portería natal, seguramente no pensaba en usted...

—No consigue usted desilusionarme... Preferiría que siguiese usted siendo la chica de la portera...

—Su amigo de usted, Alberca, dice que nada le abre más el apetito que el olor a estofado de las porterías humildes. Pero lo dice por *snobismo*, porque cree que sienta bien en un duque los alardes de gustos plebeyos. Pero, en el fondo, prefiere sus platos ingleses y sus salsas complicadas.

—Le aseguro a usted, Mónica, que me hace usted sufrir mucho...

—Le falta a usted la trusa y la mandolina cuando dice usted eso... ¡Barítono!

—¡Mónica!...

—Basta..., hemos llegado a la caseta, y me ha estropeado usted un paseo delicioso si lo hubiésemos hecho en silencio... Y no ponga usted esos ojos de perro castigado... No tengo remordimientos, pero me expone usted a que esa abominable Paquita Robles —digo la señora de Enjaradilla—crea que los tengo y se apresure a divagar...

—Yo la desmentiría...

—¡Que más quisiera usted! Ya sería algo positivo... Y devuélvame usted mi *club*... No tiene la culpa de nada, y usted le da una vida imposible...

—Mónica...

—Sí, tiene usted razón... Es un fondo completamente velazqueño... La sierra tan azul y el verde gris de las encinas...

—Vosotros siempre hablando de pintura— intervino Paquita, sudorosa y despeinada por la prisa que se había dado para poder alcanzarles en el momento culminante—. Tenéis razón... Es una cosa preciosa... Mi marido ha comprado el otro día unos cuadros

preciosos... Todos negros, no se ve nada, y lo que se ve da un poco de miedo, pero con unos marcos estupendos. A mí, personalmente, me gustan más los cromos, de esos que tienen unos gatitos en una cesta o unos pollitos subiéndose en un tronco; pero mi marido dice que no es artístico más que lo que cuesta mucho trabajo entender... Yo, por mi parte, tengo en mi *boudoir* un cuadro, que parece hecho de retales de colores, que tiene mucho mérito, porque tiene medalla de la Exposición... Fijándose mucho, se marea una, y después se ve todo verde; pero el autor dice que representa los grandes bulevares de París un día de revolución... Dentro de unos días iremos mi marido y yo a París... Iremos en cama, según me ha dicho, aunque yo creo que es una broma suya... Como es tan gracioso... A mí me daría mucha vergüenza llegar a la estación de París metida en una cama con mi marido... Bueno, voy a quitarme estos artilugios y a arreglarme un poco... Poniéndo-

me un poco bizca, veo que me brilla la punta de la nariz... No creas que me divierte mucho este juego; pero mi marido dice que es la moda. Bueno, me voy, porque me parece que estoy estorbando, y el onceno, no estorbar... Aunque con el tiempo que lleváis juntos, ya debéis tenerlo todo hablado.

La encantadora pécora desapareció en el interior de la caseta, después de una sonrisa que quiso hacer perversa...

—Es insoportable y estúpida—dijo José Luis—. No sé qué idea tuvo su marido para invitarla a pasar una temporada en el campo con ustedes...

—No la hubiese invitado siendo la Robles... Pero como esposa de su amigo más íntimo, no ha tenido más remedio... Es la única, de todas, que ha querido venir... Pero no hay cuidado que recuerde para nada el teatro. Se ha apoderado de su papel de condesa para unas cuantas temporadas... Después, cuando empiece a envejecer, la gustará recordar que ha sido Paquita Robles para

fantasear sobre su belleza y sus triunfos y molestar a su marido... Aquí llega el mío con el duque... Le dejo a usted para ir a vestirme para la comida... ¡Qué mal actor hubiese usted hecho, hijo mío!

—Mónica... Prométame usted que después de cenar, y mientras su marido inicia a Paquita en las elegancias del *bridge*, podremos hablar largamente... Por una sola vez, porque seguramente mañana salgo para Melilla...

Mónica le miró un poco sorprendida... No le faltaba detalle al muy marrullero... Ahora, como golpe final, el acreditado truco de la guerra, de un efecto decisivo, muy de cine...

—¿De veras que se va usted? ¿Por qué?

—Porque me toca ir... Además, eso no tiene importancia al lado de lo otro.

—Pero ¿qué quiere usted decirme que yo no me haya ya figurado?

—¡Mónica!

—No..., no me coja usted la mano... No estamos en escena, y seguramente Paquita



debe entretenerse haciendo un agujerito en las tablas de la caseta con su alfiler de sombrero... No, José Luis... No quiero que usted se vaya con el remordimiento de haberme hecho desgraciada por un capricho de chiquillo. No quiero a mi marido, pero tengo el respeto que he tenido siempre por mis contratos... A mí me han contratado para que haga el papel de una mujer honrada, y lo haré aunque sea un papel difícil, ingrato, que casi nadie comprende... Márchese usted a Melilla... Mándeme usted cartas muy cordiales, fotos hechas con su West pocket, impresiones de guerra... Pero nada más... Y no se quede a cenar esta noche en casa... Váyase a Parisiana a despedirse de tanta chiquilla bonita como habrá allí bailando el *shimmy*, sin haber cenado, con una sonrisa hecha con el lápiz rojo... Raimundo—añadió, volviéndose a su marido, que llegaba—: llegas a tiempo... José Luis se estaba despidiendo y sentía no verte; pero mañana se marcha a Africa y no tiene mucho tiempo que

perder si quiere aprovechar su última noche de "chico bien"... Yo me voy hacia casa con Paquita para vestirnos... Le deseo a usted mucha suerte, señor héroe...

Y, cogiéndose del brazo de Paquita, se alejaron sobre la hierba verde, en el crepúsculo maravilloso y teatral.

CAPITULO IV

Mónica se sentó sobre una silla de brocatel rosa con flecos verdes—horrible como todo el salón de Paquita, que parecía el templo del mal gusto—y continuó, mientras su amiga examinaba de reojo su *tailleur* sencillísimo y su enorme sombrero sin ningún adorno:

—No pensaba encontrarte... Como es día de carreras... Estaba ya resignada a dejarte una tarjeta... Hace mil años que no vas por casa...

—No he salido porque hoy me tocaba mi lección de elegancia... Sí, chica, no quiero meter más la pata, como el otro día, que se

rió de mí Alberca porque dije que cuando perdía al *bridge* se ponía hecho un obelisco... Y otra vez que hablaba de las Kermesses de Teniers, y yo le dije que me gustaría ir a una de ellas... Y he contratado para que me ilustre a una señora muy elegante, viuda de tres generales mejicanos—¡como allí los matan tan aprisa!—, que me cobra veinte duros por cada lección de una hora. La tengo tres veces a la semana, porque está solicitadísima...

—¿Se ha marchado ya?—interrogó Mónica muy divertida.

—No... Está corrigiendo mis ejercicios de dictado—dijo la Enjaradilla, señalando a una mesa en la que, entre una maceta china llena de cardos, una pantalla azul con dragones verdes, un termómetro monumental y un Napoleón de bronce, oscilaba un enorme sombrero negro y empenachado como un caballo de funeraria.

—Doña Cea, haga el favor un momento... Es abreviatura—explicó—. Tiene un nombre

tan prodigiosamente difícil, que prefiero no pronunciarlo entero más que la vez que la presento...

Doña Cea surgió del caos con la solemnidad de Cibeles, madre de los dioses. Tenía un rostro severo y barbudo en el que contrastaban unos pueriles ojitos azules y lucía con elegancia noble un *mackferlan* impermeable cerrado en el cuello por un broche de mosaico representando una vista del Coloseum romano.

—Te presento—dijo Paquita, después de tomar aliento—a doña Cimodocea Manzanillo de Arequipa, esposa del general Agüita-Agüita, mi profesora de elegancias...

Doña Cimodocea hizo una reverencia digna de la corte de los Médicis, y Paquita continuó:

—Bueno, por hoy, aunque sólo hemos dado media lección, puede usted retirarse, porque voy a salir con mi amiga la señora de Arroyo, el célebre millonario... No la recomiendo a usted porque Mónica es una mujer

chic. Como empezó a serlo muchos años antes que yo... Supongo que no habrá usted encontrado ninguna falta en mis ejercicios de estilo... Mi doncella, que ha sido maestra, lo ha encontrado perfecto...

—No está mal—dictaminó doña Cea—. Solamente que ha puesto Ovidio con hache, y que más lejos dice usted que sus autores favoritos son Dickens y Water closset...

—Es igual... Todo el mundo sabe que he querido decir Waterloo... Además, si yo fuera tan sabihonda como usted, sería yo la que cobrase veinte duros por lección... De modo que oscile usted... Bueno, quiero decir que ahueque, y dígale a la cocinera que la dé su sueldo... Si quiere usted algo de pollo que ha quedado esta mañana, dígalo sin reparo... Es un pollo riquísimo que ha costado catorce pesetas y casi no lo hemos probado... Se lo puede envolver en un papelito...

Acompañó a doña Cea, que se deshacía en zalemas, hasta la puerta y luego volvió a sentarse al lado de su amiga.

—No sabes lo que me alegro de verte... ¿Hace mucho que habéis llegado del campo? Chica, perdona, pero aquello era aburridísimo... Parecía que estaba una viviendo en el tercer acto de una comedia inglesa... Y, además, como no hay manera de que vayan señoras a tus reuniones... La única, yo, porque me conoces desde que era yo muy pequeña, y no es cosa de gastar cumplidos, aunque la gente, como es tan mala, piense lo que le dé la gana. El caso es que sabe Dios lo que habrán hecho todas esas señoras que te critican; pero, hija mía, el mundo es así... Tienes un amor de vestido, y que no parece caro... Me han dicho que vuelven a llevarse las faldas largas; ya se han llevado antes, ¿verdad? Pero a mí me divierte, porque no las he alcanzado nunca... Oye, el otro día mi amiga la marquesita de Cominares me aseguraba que volvías al teatro, porque tu marido se había arruinado... Por poco me pego con ella por defenderte... Supongo que no será verdad; además de que sería una tontería,

porque la gente ya no admira el verdadero arte, sino la juventud... ¡Imbéciles! Como si no valieses tú mucho más que todas las niñas del mundo... Oye, supongo que habrás traído tu Rolls... Podemos salir de paseo para que vean que no me importa nada exhibirme contigo... ¡Con lo que yo te quiero! Cada día estás más guapa, y no sé lo que haces para conservarte tan divinamente... Yo creí que la partida de José Luis a Melilla te estropearía un poco... Haces muy bien en no tomarlo en serio... Me han dicho que se ha ido porque la Chelito no le hacía caso...

Mientras charlaba, con su fingida volubilidad que encubría una mala intención, segura de sí misma, y que no esperaba respuesta, Paquita, con su estudiada movilidad de ardilla, sustituía su *deshabillé* mareante por una túnica de crespón verde adornada de cibelinas y pintarrajeaba su rostro sin discernimiento, distribuyendo al azar los polvos ocre, el rojo de flores de Francia y el lápiz azul con aturdimiento de mona domesticada. Y continuaba divagando:

—Chica, tu collar de perlas es estupendo... De buena gana le pediría a Polito uno igual; pero sé que va a responderme que es una alhaja de mujer mayor... Pero lo que es a ti te va divinamente... Me he encargado un traje de encaje *ciré*, sobre fondo tisú de plata, muy sencillo; pero yo he mandado añadirle una cola de terciopelo rosa y un manojo de plumas en la cintura... Ya sabes que yo tengo mis ideas personales... ¿No te has suscrito al *Consuelo Marroquí*, que ha fundado la duquesa de la Alberca? Es una idea muy patriótica, y, además, la ayudamos todas las señoras de la aristocracia...

Mónica, que encontraba muy divertido el prurito de su amiga de aparecer *chic* y relacionada con la mejor sociedad, respondió:

—No sabía nada... Ya sabes que yo no trato ahora más que hombres, como hacías tú antes... Además, yo no soy una mujer de sociedad... Mi marido no es más que millonario, el pobre...

—Hija mía, me choca que una mujer que

se las da de elegante diga eso... Doña Cea pretende que no se debe alardear de dinero... Claro que al mejor escribano se le va un borrón... No registres más cosas—añadió—. Me pones nerviosa; parece que estás haciendo un drama policíaco...

—No—dijo Mónica—. Más vale que, al contrario, nos dejemos de comedias... Sé que mi marido acaba de marcharse de aquí, en donde ha pasado la noche.

—No puedes quejarte... Gracias a mí has podido disponer libremente de la tuya...

—Puedes ahorrarte tus frases de afecto... Estamos solas... ¡Oh! No pienso matarte ni llamarte por tu verdadero nombre... Me importa poco lo que ocurra entre mi marido y tú... Pobre hombre, en el fondo, me da lástima... Debe de estar aburrido para recurrir a ti y pagar más cara una cosa que antes era casi de balde... Pero te repito que eso no es cuenta mía. Lo único que quiero es que sepas que lo sé todo, y que se lo digas. Pero que no me dé excusas, ni se dé por ente-



rado, ni crea que pienso tomar una determinación trágica. Nada de eso... Sólo quiero que sepa que como él es el primero que ha dejado de cumplir nuestro contrato, me considero libre de todo compromiso, y que esperaré tranquilamente la primera ocasión de demostrárselo que se me presente... Puede estar tranquilo que, por mi parte, no haré nada para hallar la ocasión, pero que no seré tan estúpida que piense desperdiciarla... Naturalmente, sin que nadie se entere, no por él, sino por mi propio decoro... Y siento mucho haberte hecho vestir tan precipitadamente, pero me da un poco de remordimiento salir contigo, exponiéndote a comprometerte... Puedes dejar de venir por casa, si no tienes tiempo... Ya sabes que te aprecio en lo que vales y que siempre he tenido de ti la misma opinión...

Besó a Paquita en ambas mejillas y se alejó, después de guardar en su manguito de nutria una corbata de su marido que halló sobre la mesa-tocador. Paquita, con la boca

abierta y los brazos caídos, la vió marchar, sin salir de su hiperbólico asombro. Después, puesta en jarras, olvidando las lecciones de doña Cimodocea, exclamó, despreciativa y olímpica, desde todo lo alto de su condado:

—¡Comicucha indecente!

CAPITULO V

La doncella entró, trayendo el correo, con un aire misterioso y cómplice que tenía el don de desagradar profundamente a Mónica, y murmuró, abriendo las cortinas de tafetán rosa antiguo del balcón:

—Señora, son las nueve dadas...; aquí tiene la señora el desayuno y el correo. La señora tiene hoy su carta de Africa...

—Bien, Martina... Y te advierto que mi carta de Africa, como tú dices, no encierra el menor secreto pecaminoso, porque si no me la haría dirigir a la lista de Correos, como es clásico...; pero no la dejaría confiada a la

indiscreción de una doncella tan indiscreta como tú...

—¿Cómo puede decir eso la señora?... Si me permito advertirla es porque me intereso vivamente por todo lo de la señora...

Y la doncella desapareció en dirección al cuarto de baño.

Desde hacía ya tres meses, cada correo le traía puntualmente una larga carta de José Luis... Primero eran cartas de amigo respetuoso, como las que ella le permitiera escribir al despedirse... Después, poco a poco, exaltado su amor románticamente por la ausencia, por la soledad y por el ardor sangriento y fatal de las batallas, eran cartas de un apasionamiento enfermizo, torturado de presentimientos siniestros, en los que el horror de la guerra era como un acicate para rendir a la hembra lejana, tal vez con un poco de sadismo al mezclar las descripciones sangrientas o monstruosamente repugnantes con las frases amorosas... Y ella, cada mañana, leía impasible, tal vez un poco bur-



lona, aquellas largas epístolas inflamadas de una pasión febril, doliente... Ni siquiera las guardaba...

Pero aquella mañana, la carta, excesivamente breve, como escrita en una fiebre de alegría, sólo anunciaba lacónicamente su próxima llegada a Madrid...

"Espero que no será usted más despiadada que la guerra, Monna...", decía el muchacho como final de su carta... y Monna, pensativa y halagada en el fondo, consultó la fecha del matasellos para asegurarse del día de llegada de José Luis.

—Llega mañana — murmuró—. La carta trae retraso...

Se levantó y fué hasta el ventanal, por el que entraba el frío esplendor de una mañana de invierno madrileño...

Volvió a leer su carta, tan apasionada que era casi indecente, de tal manera describía sus deseos y sus ansias... Sintió estremecimiento voluptuoso e irrazonado que hizo palidecer sus labios... Y con lento paso lán-

guido se dirigió hasta el cuarto de baño, perfumado y tibio...

Y aquella mañana, de pensamiento, ya fué infiel a su marido...

CAPITULO VI

Sacó de su portamonedas un minúsculo espejito, en el que consultó minuciosamente el maquillaje discreto de sus ojos y de sus labios; consultó después su reloj... Aún faltaban dos minutos para la cita... Con una prudente mirada circular espió los paseos desiertos que afluían al estanque del Palacio de Cristal... Nadie... Si no viniese...

—Sería lo de siempre—sonrió con algo de escepticismo melancólico—. Si yo no tuviese el menor interés, ya estaría aquí...

De pronto la torturó la idea de no estar en "belleza".

Se dirigió a dar un paseo, con la esperan-



za de poder huir. Pero la voz alegre de José Luis la detuvo...

—¡Monna!

En su uniforme de legionario, con un no sé qué de teatral, el enamorado surgió de entre los árboles como de entre bastidores...

—Monna... Ha venido usted... ¡Qué gentil, qué buena!... Y vestida como yo esperaba, sin lujos y sin joyas, tal como yo la hubiese querido conocer, como hubiese sido para mí...

Cogió ambas manos temblorosas de la bella, emocionada a pesar suyo...

—Es usted un loco, José Luis, que arregla las cosas a medida de sus deseos de chiquillo... He venido para reñirle, para hablarle muy seriamente... Y no se haga ilusiones... Si me he vestido así es porque estoy haciendo la novena en San Manuel y San Benito...

—No me lo diga usted... No quiero saber la verdad de nada, sino que estoy de nuevo junto a usted, y que, seguramente, tendrá

usted tiempo para que vayamos a tomar un café abominable, que no beberemos, en cualquier café de barrio, mientras hablamos, por primera vez, como si fuésemos el soldado y la actricilla que debimos ser para haber sido felices...

A pesar suyo, contagiada por el fuego juvenil de José Luis, Mónica sonrió:

—Chiquillo, loco...

—Acaba usted de hacer en dos frases mi mejor elogio y mi mayor disculpa. Vamos, Monna... En tiempo de guerra no se debe perder el tiempo...

Echaron a andar del brazo bajo los castaños, enrojecidos por la antorcha del otoño. Bajo sus pies crujían las hojas secas, amontonadas por el viento agrio. Los ojos ávidos de José Luis saboreaban la belleza delicada de Mónica... Sus sentidos, ahitos de horror, de mortandad y de repugnancia, saboreaban como un goce nuevo la belleza de la mujer tan largamente codiciada... Y era tan intenso su deleite, que no hallaba manera de expresarlo más que con el silencio...

Ella también le encontraba muy cambiado; en los tres meses que había dejado de verle se había convertido en un mozo enceño y fuerte, conservando, a pesar de todo, su raza y su apostura de hombre de *sport* en el sencillo uniforme.

Bajaron las escalinatas de piedra; esperaba, impecable en el brillo de sus níqueles y de sus caobas, el Renault de José Luis.

—Suba, Mónica... Hace un poco de frío, y no va usted muy abrigada...

—Andando se quita el frío... Y, además, no quiero destruir su ilusión de ser, por unas horas, el soldado y su novia humilde...

—Me parece una idea encantadora... Aunque sea fingida, es algo de la felicidad que tantas veces he envidiado a los otros, como ellos me habrán envidiado los coches y las queridas fastuosas y necias...

Echaron a andar, del brazo, por la calle de Alfonso XII, en dirección a la puerta de Alcalá, seguidos, de lejos y discretamente, por el auto.

—Me parece mentira tenerla a usted tan cerca, Monna, sin temer las miradas y los comentarios de nuestros amigos, sin tener que fingir una amistad indiferente y respetuosa, mientras jugábamos al *bridge* o al *golf;* y, créame usted, no la esperaba... Sus cartas de usted eran tan frías, tan de mujer de amigo íntimo, que cada una de ellas era una desilusión...

—No podía escribirle de otra manera, José Luis... Aunque le quisiese, no hubiese escrito de otro modo...

—¿Por precaución?

—Nunca le hubiese hecho esa ofensa...

—Entonces, ¿no me quiere usted?

—Todavía soy una mujer honrada, por desgracia...

—¡Monna!

—Pero no me decido a ser la mujer que merece mi marido...

—Entonces usted sabe...

—Que es amante de Paquita Enjaradilla... Ya lo ve usted...

—Yo no se lo hubiese dicho nunca... Raimundo me lo escribió hace un mes.

—Paquita no merece la caballerosidad del silencio; pero mi marido no sabe prescindir de alardear de sus compras aunque le roben en el precio...

Caminaron largo rato en silencio...

—Es ya muy tarde, José Luis, y debo volver a mi casa... Tenemos invitados, y espero que usted será de los nuestros... Así, con su prestancia heroica, halagará usted el *snobismo* de mi marido, que sólo ve en la guerra un pretexto para enriquecerse y para hablar de cuando él estuvo "en el frente", aunque no diga que fué para vender comestibles en mal estado...

—Monna... Un momento más... Déjeme prolongar esta pobre ilusión de una hora...

—¿Para qué? Ha acabado este acto, y tengo que vestirme para el siguiente. ¿Ve usted? He dejado el teatro asqueada de tener que fingir siempre y de la fealdad de los bastidores, y me encuentro con que la vida es lo mismo: farsa, pura farsa...

—Pero conmigo podía usted vivir una vida sincera, sin engaños, queriéndonos muy de veras, como no la han querido a usted nunca...

—Sea usted razonable... El chófer nos mira un poco burlón, y estoy segura de que me ha reconocido... Estamos en medio de la calle, amigo mío, no ante las candilejas... Déjeme usted aquí... Y procure sonreír un poco... Ha vuelto usted de la guerra con el ánimo más exaltado, más romántico, que antes, tal vez porque viene usted de vivir en pleno desprecio de todo: de prejuicios, de convencionalismos, de la vida misma... Y yo soy una pobre mujer que se cansa ya de una lucha estéril para defender una decencia que no empezará a preocupar a nadie más que desde el momento en que la haya perdido. Si yo ahora me entregase a usted, mi marido tendría siempre la satisfacción de que lo había hecho por despecho, por venganza; es decir, porque me importa él algo... Y quiero que cuando eso sea, pueda convencerse de que lo he hecho, no por amor propio herido, sino porque ya no le quiero, fríamente, seriamente, y porque le ame a usted... No deje usted de venir esta noche. Y no olvide usted su cruz de guerra; mi marido se lo agradecerá tanto...

Hurtó sus manos desnudas al beso de José Luis y desapareció.

José Luis subió a su Renault y tomó el volante de manos del chófer, que sonreía, burlón y cómplice, Crispín, vestido de librea.

—Una más...—murmuró, entre dientes, el de Alzate—. Y durilla de pelar, porque ya es algo vieja y está muy toreada... Pero buena hembra...

—Un rato de veces que la he visto, cuando cantaba en el teatro de la Reina...

El auto rodaba silencioso y raudo...

CAPITULO VII

Con una amabilidad glacial, Monna tendió su mano, centelleante de pedrerías, a Paquita Enjaradilla, un poco pálida, pero triunfadora a pesar de todo, del brazo de su marido, que sonreía, con su perpetua sonrisa de idiota, muy Velázquez. Y, después, desplegando el abanico de su larguísima cola de terciopelo negro orlada de pieles de marta, fué al encuentro del duque de la Alberca, que entraba en el salón, iluminado como para una gran fiesta. Paquita, no obstante su frescura ilimitada, se mordió los pintados labios, tal vez para ahogar una desvergüenza de plazuela. La muy... ¡Qué se habría figurado!

Siempre en escena, siempre en su sempiterno papel de gran dama intachable... Algo daría ella por poderla encontrar el punto flaco de su coraza de guardarropía... Menos mal que el bendito de Raimundo, asustado ante la idea de una ruptura, había obligado a Monna a que la recibiese de nuevo... Pero si era para hacer un papel desairado, estaba casi por largarse a su casa y dar luego el mitin a su marido, a Raimundo, al lucero del alba que se presentase. Recordó a tiempo las lecciones de elegancia de doña Cea, que tanto dinero la costaban, y fingió una sonrisa... Así como así, no era cosa de parecer que abandonaba el campo a aquella pamplinosa... Aunque sólo fuera para hacerla rabiar con la elegancia de su traje de encajes de oro, rebordado de oro y sobre fondo de tisú áureo, una maravilla que acababa de enviarla Werth, tal vez un poco solemne para su equívoca belleza de pilluelo vicioso...

Pero su sonrisa se volvió casi agresiva, de puro intencionada, al ver entrar en el salón

a José Luis de Alzate, impecable en su *smoking*, que realzaba su prestancia marcial... ¡Ya pareció el peine! ¡Ya no sentía el haber venido y el encubierto desaire!... Todo lo aprisa que se lo permitió su larga cola de encajes, corrió al encuentro del recién llegado con los brazos tendidos, saltó a su cuello y, sin más ni más, le propinó dos sendos y sonoros besos. Y, ante la estupefacción de todos, exclamó, con aquel énfasis que le había valido tantas silbas:

—¡Perdóname, chico! No he podido remediarlo... He besado en ti a todo el ejército...

Rieron, aunque de mala gana, y cada cual por sus motivos, el arranque de Paquita. Era graciosísima, y tan espontánea...

—¡Qué privilegios tenían los héroes!—exclamó el duque de la Alberca—. Así no me importaría nada ir unos días a la legión...

La endiablada Paquita, al resguardo de su inmenso abanico de plumas color de llama, miraba el gesto desdeñoso de Mónica, erguida en su túnica de terciopelo negro, y el no

menos contrariado, por otros motivos, de Raimundo, y, para remachar el clavo, continuó agobiando con sus zalamerías y sus sonrisas incitadoras a José Luis, mientras le preguntaba las mayores incongruencias sobre la campaña marroquí, echándoselas de niña chica que no sabe lo que es la guerra. Mientras tanto, su marido, cada vez más imbécil—podrido de *chic*, como decía Alberca de él, un poco irónicamente—, fumaba *Abdullas* y se confeccionaba, parsimoniosamente, numerosos *cock-tails*, cuyas recetas eran uno de sus orgullos más legítimos.

Mónica se sentía descorazonada, asqueada... Aquella farsa mundana, sin desenlace y sin papeles brillantes, hecha a la fuerza y sin la recompensa o el acicate de los aplausos, la pesaba cada vez más... Nunca, ni en las noches de sus peores renunciamientos, la había costado tanto fingir y sonreír... Al tormento de tener que devorar en secreto su humillación y su repugnancia, se sumaba ahora el de los celos, al ver a José Luis charlar ani-

madamente con Paquita, entre los cortinajes del balcón, en una penumbra cómplice de los manejos de aquella desvergonzada...

—La encuentro a usted un poco triste, Mónica...

Se volvió, fingiendo otra vez una sonrisa de indiferencia, al reconocer la voz del duque de la Alberca.

—¿Triste? Nada de eso... No tengo motivos y, además, la tristeza es un sentimiento demasiado sincero para un salón...

—Me gustaría entonces que usted me permitiera estar triste con usted...

—¿Por qué?

—Eso querría decir que estaríamos en su alcoba...

Mónica le miró con cierta sonrisa irónica, en la que parecía resucitar la hija de la portera.

—Sí, ¿eh? Pues me parece que no lo iba usted a conseguir... Me iba a dar bastante risa verme allí con usted...

En lugar de ofenderse por la ligera gua-

sa chulesca de Mónica, el duque se enardeció más aún:

—Si supiera usted lo deliciosa que resulta cuando deja usted sus aires de gran dama... Lástima que no la haya conocido yo hace treinta años...

—Tenía yo seis, y era monísima... Rubia, con un delantalito a cuadros.

—Mónica... Si supiera usted el tiempo que hace que deseo decirla que me gusta...

—Amigo mío: usted recuerda demasiado que estoy casada, y con un amigo suyo... Si no, no se atrevería usted a decirme eso...

—Aunque estuviera usted libre, se lo diría lo mismo...

—No estoy enamorada de mi marido y, por lo tanto, no veo con qué motivo podría engañarle...

—Su marido no se ocupa de usted para nada...

—Es su única buena cualidad...

—Yo podría darla a usted todo lo que necesite...

—Pero eso ya lo tengo... Me hace falta quien me ofrezca todo lo que no necesito...

—¿Y es?

—Juventud, belleza, amor... Parece un programa de juegos florales; pero ni usted ni mi marido pueden ser los mantenedores...

—Ya sabe usted que su marido la engaña...

—Eso se cree, por lo menos; de modo que el engañado resulta él... En todo, porque la pobre Paquita es un puro engaño... Todo postizo: el pelo, las ojeras, el lunar, las pantorrillas...

—Procura usted fingir escepticismo... En el fondo está usted horriblemente humillada...

—Me choca que haya usted podido llegar al fondo, con las calabazas que acabo de darle...

Mónica desplegó, con cierto aire majo, su abanico de chantilly negro, dando por finalizado el discreteo, y se alejó hacia la chimenea, frente a la cual Raimundo y el marido de Paquita charlaban de caballos.

—Vengo a decirles buenas noches... Tengo una jaqueca horrorosa...

Raimundo la miró con asombro receloso:

—¿Jaqueca tú?

—Sí, hijo... Lo mismito que una señora del gran mundo... Alguna vez me había de servir a mí el pretexto de tus amigas para no venir a tus fiestas... De modo que me retiro a mis habitaciones... Pero ustedes pueden continuar la velada sin mí...

Raimundo adoptó un aire lleno de mundana indiferencia:

—Paquita hará tus veces...

—¡Las ha hecho tantas!

Arenal besó la mano que le tendía Mónica.

—Descansa... Si quieres que mande a buscar al médico, me mandas recado con Martina...

—No hace falta... En cuanto esté sola, se me pasa... No tengo más que cansancio y, en el fondo, algo que me da asco... Buenas noches, señores... ¡Ah! Despídame usted de

su mujer... La veo tan entretenida con José Luis, que no quiero estorbarles...

El imbécil rió:

—Sí, ahora con esto de la guerra, tiene la manía de los héroes...

—Pues lo que es José Luis nos ha demostrado esta noche que es un héroe de una vez...

Y Mónica, que durante el final del diálogo había subido lentamente la escalera que conducía a sus habitaciones, levantó el pesado tapiz y desapareció.

—Chico, permíteme que te lo diga... Tu mujer está cada vez más bestial... ¡Es una burrada de mujer!

CAPITULO VIII

Paquita sonrió en el espejo a José Luis, derrumbado en el diván, agobiado de almohadones persas y de pieles:

—Me voy corriendo, porque le he dicho a mi marido que iba a misa, y ya llevo aquí dos horas... A mi doncella le he dicho que iba a casa de un amante... Es la única manera de que no se lo crea y me deje en paz... Supongo que abajo podré encontrar un taxi... Adiós, sol mío... No sé cuándo volveré, porque ya sabes que las mujeres de mundo estamos llenas de ocupaciones. Pero te veré en casa de esa horrible Mónica... Debe estar furibunda conmigo, porque su marido



la obliga a recibirme... Y, como quien no quiere la cosa, pienso plantificarla que he estado en tu casa, a ver qué cara pone... En el fondo, te diré que si he venido ha sido por molestarla a ella... No me acompañes... Aunque no he venido más que hoy, conozco muy bien el camino... Me he fijado bien para podérselo contar con detalles... Adiós, amor mío... Me voy encantada de tu casa y de ti...

Y Paquita desapareció.

José Luis se estiró largamente, y murmuró entre dos bostezos:

—¡Qué mujer tan pesada!

Dos golpecitos discretos en la puerta del estudio.

—Esa grulla se habrá olvidado de los guantes, o no tendrá dinero para el taxi...

Y él mismo abrió la puerta.

Apareció Mónica.

Lo primero que pensó José Luis, al verla, fué que se le iba a enfriar el baño, y lo segundo, que hay coincidencias fastidiosas, y que la visita de Mónica, inmediata a la de

Paquita, era una de ellas. Pero no dejó traslucir en su rostro otra expresión que la de una alegría delirante, y se precipitó al encuentro de su amiga, con todas las señales de una pasión que está deseando desbordarse.

—¿Usted aquí, Monna?

—Veo que le agrada mi inesperada visita... Si viera usted qué miedo tenía de ser importuna... En la puerta estuve por volverme sin llamar...

—Hubiese sido terrible para mí cuando hubiese llegado a saberlo...

—No lo hubiese sabido usted nunca...

José Luis creyó oportuno lanzarse a un elegante lirismo. Después de todo, era el único modo que le quedaba, aquella mañana, para demostrarla su fogosidad.

—Me hubiese anunciado su visita frustrada su perfume sutil y sensual flotante en la escalera...

—No vamos a continuar lanzándonos a un torneo de galantería y de buenos modos...

Tengo poco tiempo que perder, y cosas muy serias que decirle...

José Luis se la quedó mirando con asombro. En cuanto a Mónica, después de lanzar semejante frase de heroína ibseniana, juzgó oportuno retorcerse las manos y adoptar una actitud muy fuera de situación y muy teatral, por lo mismo que era de una sinceridad perfecta.

—No sé lo que pensará usted de mí—añadió luego, continuando, sin saberlo, las frases de rigor en toda señora decente próxima a resbalar.

—Pienso que es usted la más deliciosa de las mujeres, y que su magnanimidad, al acceder a mis deseos, es una crueldad más, porque no la merezco y, por lo tanto, no puedo aceptarla—dijo Alzate, que llegaba hasta el gongorismo en aquel comprometido lance, en el que se hallaba en la poco lucida situación de un comprador al que rebajan una mercancía, después de muchos regateos, y ve de pronto que no lleva cinco céntimos en el bolsillo.

—Nadie más que usted puede merecer mi confianza. Su amor está lleno de nobleza, y por lo mismo que es usted un niño para mí, ha sabido tener más ternuras, más delicadezas, todo lo que no he podido encontrar nunca en mi hogar...

Como lo estaba temiendo José Luis, Mónica reclinó su cabeza sobre el hombro del galán, respetuoso a pesar suyo...

Nunca había estado tan adorablemente bonita, avivado el rosa de su rostro por la emoción, los labios rojos y entreabiertos, el pecho palpitante. Por un momento, José Luis pudo creer que ya no le hacían falta palabras para demostrarla una pasión volcánica; pero fué sólo una fugaz ilusión. Claro está—pensó—, que si no puedo amarla heroicamente, puedo amarla con ingeniosidad y sutileza... Eso sería lo de menos... Pero lo peor es que no se trata de una aventurilla sin importancia, sino de una donación entre vivos, y, la verdad, no le veo la gracia... A mi edad, tener una amiga ya madura, tiene su encanto,



cuando es de un modo pasajero y, además, es la mujer de un amigo... Pero tener una *liaison* oficial con una belleza en su ocaso, por deslumbrante que éste sea, es sencillamente el primer paso hacia la decadencia... Y, luego, que no me gusta reñir con un amigo como Arroyo, en cuya casa paso agradablemente dos meses del otoño, tirando a los faisanes...

Mientras pensaba todo esto, sus manos, maquinales y acostumbradas a obrar por sí solas, habían despojado a Mónica de su sombrero y de lo más honesto de su traje, mientras la acariciaban con una perversidad digna de un abate italiano. Un leve gemido voluptuoso de la bella, encantadora en su desorden, le hicieron fijarse en lo que había hecho, no sin complacencia al ver a su alcance tantos tesoros codiciables...

—¡Bah! — pensó, cínicamente —. Tiempo nos queda luego de arrepentirnos. Además, que el sermón es siempre más eficaz después del pecado...

Y besó largamente los labios de Mónica,

en los que el *baton raisin* había dejado un sabor de guindas y de rosas...

José Luis, bruscamente, se alzó del diván y exclamó:

—Monna, perdóname... He sido un loco, y ésa es mi disculpa... Pero tu hermosura y tu desgracia han tenido la culpa... Y no quiero acabar de hacerte desgraciada... Prefiero sacrificarme yo...

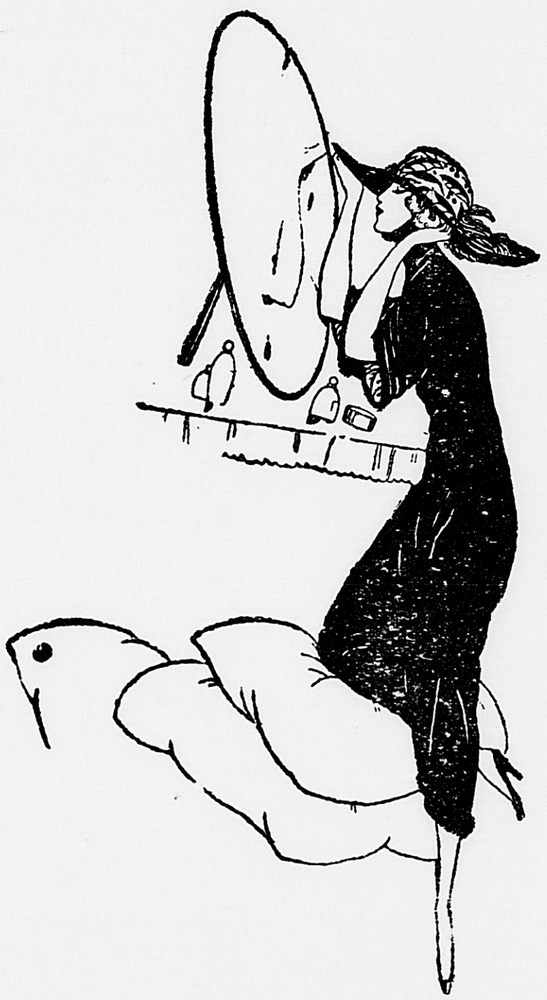
Los ojos azules de Mónica expresaron el más honrado estupor.

—¿Qué le pasa a usted, José Luis?

—Como pasarme no me pasa nada—pensó mentalmente José Luis con cierta amarga ironía.

Y continuó en voz alta, procurando darla un matiz de tristeza noble:

—Felizmente, he reflexionado a tiempo... Monna, amor mío, lo que me ofreces es para mí una felicidad que no podré nunca alcanzar... Yo no puedo abusar de tu confianza, en este momento en que estás ofuscada por la indignación que te produce la infame con-



ducta de tu marido...—Estoy hablando como un personaje de Carolina Invernizio, pensó, mientras continuaba su discurso—: He estado a punto de olvidar que, ante todo, soy un caballero... Toda una vida de expiación, de alejamiento de ti, me parecerá poca para castigarme. No volveremos más a vernos, Monna... No te merezco... De lejos, sin embargo, mi pensamiento estará contigo. Y si algún día puedo defenderte contra alguien, como ahora te he defendido contra mí mismo, ¡ah!, no dudes en...

—¡Vaya! Ahora no encuentro mis horquillas...—interrumpió la suave voz de Mónica, ocupada en restaurar su peinado, frente al espejo.

Ahora fué el rostro de José Luis el que expresó un asombro desdeñoso al ver la poca trascendencia de su discurso caballeresco. Pero la dama, que se dió cuenta de ello, adoptó una actitud doliente mientras se ponía el sombrero.

—No me diga usted nada, José Luis, o seré

yo la que me avergüence de haber confundido su amor ideal con el vulgar deseo de un galanteador de oficio... Ahora le amo más que nunca, y me siento reconfortada al saber que, lejos o cerca de mí, el amor vela...

—De Flers y Caillavet—siguió, mentalmente, José Luis.

—Y debo confesarle a usted — continuó Mónica, procurando recordar lo más posible a las heroínas de Paul Bourget—que he estado a punto de sucumbir a mi propia estratagema... Yo había venido aquí solamente para probarle...

—Pues estoy hoy para muy pocas pruebas...—dijo para su pyjama José Luis, encantado del giro literario y fácil de seguir que iba tomando el incidente.

Mónica había recobrado ya su aspecto mundano y correcto. Alzate, ya seguro del desenlace, adoptó una actitud elegantemente desesperada.

—¡Se va usted, Monna! ¡Ah! Ya no volveremos a vernos...

—Pero se olvida usted que esta noche está usted invitado a cenar en casa... Y que luego tenemos un palco para "Loie Fuller"...

—Es verdad... ¡Qué cabeza la mía!... Monna, ¿no me guarda usted rencor?...

—Al contrario, amigo mío... Es usted un caballero como quedan pocos...

—Y usted, Monna, mi ideal inalcanzable...

Y cuando la mampara de damasco rojo ocultó la elegante silueta de Mónica, José Luis, mientras tocaba el timbre para llamar a su ayuda de cámara, pensaba, egoísta y sincero:

—¡Uf! De buena me he librado, gracias a la providencial llegada de Paquita. Y lo peor es que se me habrá enfriado el baño, y en esta casa hay tan poca agua caliente...

Y, al ver asomar entre las cortinas el rostro cínico y sonriente de su criado, exclamó:

—Paco, prepárame otra vez el baño... Y si viene alguna otra señora, dí que no estoy en casa... Dos en la misma mañana son más que suficientes, sobre todo si le gusta a uno quedar bien...

CAPITULO IX

Mónica entró en el jardín de invierno, espléndido de sol en aquella floración oriental de orquídeas y de cactus... Y, como una nota muy moderna, pero de acertadísimo contraste, junto al estanque, florido de lotos, habían puesto la mesa, pintada de un amarillo vivísimo, sin mantel, y con la vajilla de cristal negro colocada sobre redondeles de esparto trenzado, de un verde ácido. Alrededor, unos cuantos sillones de bejuco, color de naranja, con almohadones de tela de hilo violeta, y en el centro, en una alta copa de cristal negro, el jugoso colorido de las cerezas, las ciruelas y los limones.

Al ver llegar a Mónica, Raimundo se alzó del diván, medio oculto entre las palmeras, en donde leía los periódicos, mientras esperaba a sus invitados.

—¿He tardado mucho en vestirme? Por más que no veo aún a nadie...—preguntó Mónica, sentándose al lado de su marido.

—Estás encantadora, y tu traje te va muy bien...

—No estoy descontenta de esta *toilette*... Un poco disfraz; pero, después de todo, no vamos a asustarnos por disfraz más o menos... con tal de que sea bonito...

—He notado que desde hace unos días estás contagiada de la funesta manía de pensar... ¿No tienes miedo de arrugarte antes de tiempo?

—Si es por eso, me choca que Paquita tenga pata de gallo...

A pesar suyo, el amor propio de ama de casa de Mónica se sintió halagado ante el refinado *confort* que esperaba a sus invitados. La decoración, por lo menos, hacía so-



portable la obra, como ocurre en más de cuatro estrenos. Tampoco estaba descontenta de su traje, de una suntuosidad excesiva, pero armonizada con el ambiente exótico del jardín de invierno.

—¡Pobre Paquita!... Veo que la has tomado con ella, sin motivo... La das demasiada importancia...

Mónica no contestó... Aquella tranquilidad, rayana en el cinismo, de Raimundo la sublevaba... Temió dejarse llevar de un mal impulso y restablecer la verdad de las cosas con una frase brusca... Su abanico antiguo aventó, pausadamente, los malos pensamientos y las malas palabras...

—Me he encontrado a José Luis, y le he invitado a almorzar... Como sé que no le disgusta encontrarse con Paquita...

Lo dijo con una mirada de soslayo, para ver el efecto que su frase le causaba; pero ni siquiera se inmutó al responder:

—Me parece que has hecho muy mal... Ya sabes que José Luis se levanta muy tar-

de, porque se acuesta de día... El chico necesita descanso...

Mónica sonrió pérfidamente. ¡Si él supiera!... Tuvo el placer secreto de inquietarle afirmando:

—A pesar de eso, como se trata de su nuevo *flirt,* vendrá encantado.

—Como tú quieras... Cuando yo te digo una cosa, es con motivo. Sé de sobra, porque José Luis no tiene secretos para mí, que esta mañana esperaba una visita femenina...

Mónica palideció:

—Ah, ¿sí?

—¡Ventajas de ser un héroe! José Luis tiene ya que rehusar proposiciones...

—¿Y no sabes a quién esperaba esta mañana? — preguntó negligentemente Mónica, mientras fingía un interés profundo por el arreglo de la mesa.

—No lo sé, porque José Luis es un perfecto caballero y no dice nunca los nombres de sus conquistas... Lo único que sé es que es una mujer casada.

Su mirada se clavó en el rostro de Raimundo, impasible. ¿Acaso se había dado cuenta de algo, y todo aquello era una artimaña para sorprenderla? Prudentemente desvió la conversación, para no aparecer demasiado interesada:

—Alguna vieja loca...

—¿Sabes que nuestros invitados se dan poca prisa?

—No es muy tarde. Y Paquita es muy perezosa... Además, primero que se pinta y se arregla... En cuanto a José Luis, no sé qué pensar...

—Lo que digo... ducha, masaje, todo lo necesario para no aparecer aquí con cara de desenterrado... Porque no han sido una, sino dos, las visitas de esta mañana...

Mónica volvió a alarmarse... ¿Sabría algo? Sonrió, incrédulamente:

—¡Qué barbaridad! ¿Y cómo lo sabes?

—Hemos estado charlando por teléfono... Yo tenía que comunicarle algo sobre un negocio de minas, y, de paso, me lo ha con-

tado... Te aseguro que hasta por teléfono se le notaban las ojeras...

—Y... ¿también casada la segunda visita?

—También... Por cierto que ha sido graciosísimo... La segunda enamorada ha llegado casi al punto de marcharse la otra... Como que por poco se encuentran en la escalera; y creo que son enemigas íntimas..., y el pobre Pepe Luis, que había estado un poco excesivo en su diálogo con la primera...

—¡Hijo, parece una charada!...—rió, algo nerviosamente, Mónica, mientras prendía una orquídea rosa sobre los armiños que rodeaban su descote.

—Más bien un jeroglífico, porque desconozco la solución... El caso es que Pepe Luis se encontró apuradísimo para quedar como corresponde a un héroe, y un poco alarmado, porque la dama hablaba nada menos que de quedarse con él para siempre... Calcula su consternación... Una mujer ya madura, apasionada y comprometedora... Y aquí viene lo divertido: Como Pepe Luis tiene una gra-

cia tremenda, se colocó en un plan romántico y caballeresco, diciendo que él no podía abusar de la virtud de una dama, y que su amor sabría triunfar de la pasión... Bueno, una cosa divertidísima... Me gustaría que hubieses podido oírla de boca del propio Pepe Luis...

En silencio, cubriendo su horrible humillación y su dolor agudo y desesperado con la máscara de una mundana indiferencia, Mónica oía cómo la escarnecían, sin posibilidad de defensa, cómo la destrozaban de un modo frío y cruel, sin que ella pudiese quejarse nunca... Así, todo aquello había sido una farsa, una farsa más desvergonzada que las otras. La nobleza de Pepe Luis, su proceder caballeresco, su amor, eran mentira, mentira... Su sacrificio era egoísmo; su generosidad, cansancio físico, hartazgo de caricias de aquella perdida de Paquita, a la que tenía, sin embargo, que agradecer que hubiese llegado antes... ¡Qué asco! ¡Qué asco! ¡Y aquel cinismo de contar su aventura, encubiertamente, al mismo Raimundo, a cuya casa vendría luego, fingiendo una amistad leal! ¡Aquella desvergüenza de relatarle punto por punto la infame aventura! ¡Qué farsa tan monstruosa!...

Sintió deseos de arrojar su máscara, y de gritarlo todo: su asco, su humillación, su vergüenza, que no era sino la de los demás acumulada. ¡Era demasiado! Pero, de pronto, sintió decaer su cólera, resolverse en amargo y doloroso llanto interior, que no llegó a asomar a sus ojos, contenido acaso por el *Rimmel's*, que convertía sus pestañas en diminutas y afiladas lanzas. ¡Para qué hablar! No conseguiría restablecer la verdad, sino cambiar de farsa, aún más desagradable y más repugnante cuando cada cual se viese obligado a mostrarse tal como era en realidad. Tuvo un esfuerzo sobrehumano, en el que recuperó toda su altivez de mujer ultrajada, y sonrió:

—No creo que se atreviese a contármelo... Esas conversaciones están bien entre compañeros de club...

Raimundo admiró, en su fuero interior, la nobleza del gesto de Mónica al responderle... Y luego resumió, con su benevolencia irónica de hombre de mundo:

—¡Bah! Hay que ser un poco indulgente... No sabemos nunca lo que haríamos, si estuviésemos colocados en el plano de los otros... Claro que tú, Mónica, tienes el derecho de juzgar a los demás un poco estrictamente, porque mujeres como tú quedan pocas...

Los ojos claros de Mónica volvieron a fijarse en los de su marido, un poco irónicos tal vez... De nuevo hubiese querido preguntar, saberlo todo, decirlo todo... Pero el criado anunció, desde la puerta de cristales abierta sobre el helado esplendor del parque invernal:

—Los condes de Enjaradilla... El señor de Alzate...

Envueltos en pieles, *chic* como tres estampas de modas, demasiado *chic* para protagonistas de tragedia, entraron en la *serre*...

Bulliciosamente, para hacerse perdonar el retraso, explicaban a Raimundo que se ha-



bían encontrado casualmente y, como todos venían al mismo sitio, habían ido antes a probar el nuevo *Rolls* de Enjaradilla. ¡Un primor de coche! Habían tomado el *vermouth* en El Escorial... Un *chichis* loco. Al llegar allí, Mónica cerró un momento los ojos. Se sentía desfallecer, como antes, al entrar en escena, las noches de estreno... Después, valerosamente, recobró su sonrisa y avanzó hacia el grupo, con la mano tendida hacia Paquita, un poco asombrada de su cordialidad:

—Hija mía, creí que no veníais ya... Tienes un amor de sombrero... De Lewis, ¿verdad? ¡Oh, se reconoce a la legua!...

—Dame un beso... Tú sí que estás encantadora... Cada día estás más joven...

La farsa continuaba...

José Zamora

SE ESTÁ AGOTANDO

ROSA DE CARNE

NOVELA POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada por DEMETRIO

Precio: CINCO pesetas

EDITORIAL ATLANTIDA

MENDIZABAL, 42

MADRID

MARIANO BENLLIURE

Tipos y costumbres de hoy

Artículos, impresiones, semblanzas, crítica, todo con el estilo valiente y sincero que caracteriza al gran periodista Mariano Benlliure. Un tomo de doscientas ochenta páginas.

CUATRO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

FERNANDO MORA

LA NECESIDAD DE PECAR

Novela madrileñísima del castizo y popular autor de tantas bellas producciones. Obra maestra en su género, que consagrará definitivamente la reputación de su autor. Portada de Baldrich. Prólogo de Artemio Precioso.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

Se ha puesto a la venta en toda España la más esperada novela de

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ,

el humorista de agudo ingenio y el novelista que sabe dar a sus creaciones la máxima ternura y emoción.

Las siete columnas

es el título de esta nueva magistral novela, hermana gemela de aquella otra, cuyo éxito resonante traspasó ya las fronteras, "El secreto de Barba Azul". En

Las siete columnas

como en "El secreto de Barba Azul",

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ,

uno de los más sólidos prestigios de nuestra literatura contemporánea, conmueve y deleita, hace pensar y sonreír y es a la vez el filósofo claro y grave y el humorista e ironista de inimitable gracejo. En esta novela,

WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ

demuestra que los siete pecados capitales son

Las siete columnas

sobre las que se sostiene el complicado edificio del mundo.

Pedidos, a "Editorial Atlántida".
Mendizábal, 42.—Madrid.

A. VIDAL Y PLANAS

A hombros de la adversidad

Maravillosa narración, de ideas atrevidas y visiones alucinantes del siempre interesante y discutido escritor Vidal y Planas. Magnífica portada de Baldrich.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA
Y NOVELA DE HOY
MENDIZABAL, 42

La "Editorial Atlántida" ha puesto a la venta

Autocracia y Democracia

disertaciones amenísimas, de un gran interés y claridad, en las que el excelente escritor y orador

Marcelino Domingo

demuestra una vez más sus inamovibles ideales democráticos.

Cinco pesetas ejemplar.

Niñas bien, pollos bien

por

José M.ª Landero

Interesante obra donde se refleja de un modo exacto, y descrita con un gran ingenio, la vida de nuestra juventud moderna.

Pedidos: MENDIZABAL, 42.

Acaba de publicarse

EL PAPA DEL MAR

La última y más interesante novela de Blasco Ibáñez. Portentosa evocación del papa Luna, El cisma, San Vicente Ferrer, La resistencia en Peniscola. Cinco pesetas en todas las librerias.

PEDIDOS A
EDITORIAL PROMETEO
VALENCIA

JOSE MARTI

EL LIBRO DE LOS JUICIOS

Tomo VI de las obras completas, ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo.

CINCO PESETAS

PEDIDOS: EDITORIAL ATLANTIDA

Y NOVELA DE HOY

MENDIZABAL, 42

PUBLICACIONES

DE

Editorial Atlántida

Memorias galantes del señor de Brantome

Prólogo, notas y traducción de

ARTEMIO PRECIOSO

DOS PESETAS EJEMPLAR

Patria

tomo III de las obras completas del gran escritor cubano

JOSÉ MARTÍ

ordenadas y prologadas por A. GHIRALDO

CINCO PESETAS EJEMPLAR

La capa del estudiante

libro de versos por

MARIANO TOMAS

TRES PESETAS EJEMPLAR

PUBLICACIONES

DE

Editorial Atlántida

VOLVER A VIVIR

el hermoso drama de **FELIPE SASSONE** que tan clamoroso éxito alcanzó.

Ejemplar, 3 pesetas.

Las horas del amor y de la muerte

que contiene lo más escogido entre toda la obra del magno estilista **RICARDO LEON**

Ejemplar, 5 pesetas.

LIBERTAD

Tomo cuarto de las obras completas del gran escritor cubano **JOSÉ MARTÍ**, prologadas y ordenadas por **ALBERTO GHIRALDO.**

Ejemplar, 5 pesetas.

PEDIDOS A

Editorial Atlántida y La Novela de Hoy

MENDIZABAL, 42.—MADRID

PUBLICACIONES

DE

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

EL RODEO

Hermoso drama de *Araquistain.*

ENCARNA "LA MISTERIO"

De *Fernando Luque y Calonge.* El mayor éxito teatral del año actual: *2 pesetas.*

SATIRAS Y DIATRIBAS

De *Mariano Benlliure.* Libro de lucha, vibrante y atrevido, capaz de labrar la reputación de excelente crítico si su autor no la tuviera ya bien ganada: *4 pesetas.*

LIRA INTIMA

Segundo tomo de las obras completas del gran escritor cubano *José Martí: 5 pesetas.*

¿QUE ES ESPAÑA?

De *Marcelino Domingo.* El título de esta magnífica obra es suficiente para despertar la curiosidad del lector. De palpitante actualidad: *4 pesetas.*

PUBLICACIONES

DE

Editorial "Atlántida"

Obras que han alcanzado grandes éxitos:

Cielo y Fango,

NOVELA POR

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

Un hombre visto por dentro,

NOVELA POR

RAFAEL LOPEZ DE HARO

El maleficio del tapete verde,

NOVELA POR LOS

HERMANOS GRACIANI

CINCO PESETAS CADA EJEMPLAR

PEDIDOS A

EDITORIAL ATLANTIDA

Y

NOVELA DE HOY

Mendizábal, 42. — MADRID

La Novela de Noche

Números publicados:

1, *La hija de la Cortesana*, por "El Caballero Audaz". Ilustraciones de Penagos.

2, *Demasiado hermosa*, por Rafael López de Haro. Ilustraciones de Ribas.

3, *La casa de "La Trini"*, por Emilio Carrère. Ilustraciones de Varela de Seijas.

4, *El veneno de la aventura*, por Alvaro Retana. Ilustraciones de Guillén de Villena.

5, *El Palomar*, por Joaquín Belda. Ilustraciones de "Demetrio".

6, *Relato inmoral*, por Wenceslao Fernández Flórez. Ilustraciones de Dichi.

7, *Astucias de mujer*, por Eduardo Zamacois. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

8, *La comedia de la honorabilidad*, por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de Antonio Juez.

9, *Los pecados de Carmina*, por Alberto Valero Martín. Ilustraciones de Robledano.

10, *A todo amor*, por Felipe Sassone. Ilustraciones de Penagos.

11, *Miguelillo, el de la Cava*, por Antonio Casero. Ilustraciones de Casero (hijo).

12, *Felicidad*, por Alberto Insúa. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

13, *Un consentido*, por Juan Ferragut. Ilustraciones de Izquierdo Durán.

14, *El diablo con faldas*, por Alvaro Retana. Ilustraciones de "Demetrio".

15, *La maldita carne*, por Fernando Mora. Ilustraciones de Rivero Gil.

16, *Rocío, "La Pilares"*, por Enrique Domínguez Rodiño. Ilustraciones de Baldrich.

17, *Una pobre vida*, por Eduardo Zamacois. Ilustraciones de Varela de Seijas.

18, *Ponchín I, "Rey de la casa"*, por Andrés González Blanco. Ilustraciones de Augusto.

19, *Amalia, "La Palosanto"*, por Joaquín Belda. Ilustraciones de Puig.

20, *Noche de San Juan*, por Alfonso Vidal y Planas. Ilustraciones de Baldrich.

21, *No por obra de varón...*, por Vicente Díez de Tejada. Ilustraciones de Ochoa.

22, *La dama del Palais*, por Joaquín Belda. Ilustraciones de Izquierdo Durán.

23, *Por qué te engaña tu marido*, por Wenceslao Fernández Flórez. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

24, *La mujer, el amante y el marido*, por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de Vázquez Calleja.

25, *Castigo del Cielo*, por Alfonso Vidal y Planas. Ilustraciones de Ochoa.

26, *La cortesana de las cruces*, por Emilio Carrère. Ilustraciones de Baldrich.

27, *El amor de Su Excelencia*, por Juan Ferragut. Ilustraciones de "Demetrio".

28, *Las rubias del principal*, por Artemio Precioso. Ilustraciones de Ribas.

29, *La boda de Elena Nito*, por Fernando Luque. Ilustraciones de Bellón.

30, *La cortesana de Vallecas*, por Fernando Mora. Ilustraciones de Baldrich.

31, *De carne y hueso*, por Manuel Bueno. Ilustraciones de Varela de Seijas.

32, *Cornejo, Pedraza y Compañía*, por Emilio Carrère. Ilustraciones de Picó.

33, *¡Viva Lutecia!*, por Artemio Precioso. Ilustraciones de Quintanilla.

34, *Más fuerte que la muerte*, por Felipe Sassone. Ilustraciones de Penagos.

35, *La Novicia cupletista*, por A. Vidal y Planas. Ilustraciones de Penagos.

36, *El amor prohibido*, por Alvaro Retana. Ilustraciones de Sousa.

37, *Las sorpresas de Lorenzina*, por Cristóbal de Castro. Ilustraciones de Puig.

38, *La mujer que se sintió águila*, por Fernando Mora. Ilustraciones de Baldrich.

39, *¡Madres las que tenéis hijas!...*, por Vicente Díez de Tejada. Ilustraciones de Baldrich.

40, *Una española en México*, por Joaquín Belda. Ilustraciones de Mihura.

41, *Memorias de un legionario*, por Juan Ferragut. Portada de "Demetrio".

42, *La dama del crisantemo*, por Emilio Carrère. Ilustraciones de Ramírez

43, *La conversión de don Juanito* (extraordinario), por Alfonso Vidal y Planas. Ilustraciones de Puig.

44, *La tercera mujer*, por E. Ramírez Angel. Ilustraciones de Mansberger.

45, *El maleficio de la noche*, por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de Juez.

46, *Una mancha en la familia*, por Juan Pujol. Ilustraciones de Sancha.

47, *Lobos y corderas, o A la sombra de Mendizábal*, por Fernando Mora. Ilustraciones de Puig.

48, *Una conquista*, por Luis Rubio Hidalgo. Ilustraciones de Sancha.

49, *Reliquia de odio*, por Juan Ferragut. Ilustraciones de Anito Téllez.

50, *La dama capitán*, por Cristóbal de Castro. Ilustraciones de Ramírez.

51, *En la copa de sus labios*, por J. Ortiz de Pinedo. Ilustraciones de Bradley.

52, *Las noches de prueba*, por José Bruno. Ilustraciones de Bellón.

53, *Farsa*, por José Zamora. Ilustraciones del mismo.

La Novela de Hoy

correspondiendo al favor cada día más creciente que el público le otorga, ha adquirido

LA EXCLUSIVA

de las producciones de los grandes escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Wenceslao Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Rafael López de Haro, Julio Camba, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Marcelino Domingo, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Felipe Sassone, Alberto Valero Martín, Alfonso Vidal y Planas, Francisco Camba y otros.

Tan enorme esfuerzo, sin precedente en España, no ha vacilado en hacerlo

La Novela de Hoy

en obsequio a sus numerosísimos lectores.

LEA USTED

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

MUCHAS GRACIAS

es el periódico más ameno y más leído de España.

MUCHAS GRACIAS

cultiva en sus páginas todos los matices de la sátira.

REDACTORES Y COLABORADORES:
Julio Camba, Muñoz Seca, Eduardo Zamacois, Felipe Sassone, "El Caballero Audaz", Alberto Insúa, Emilio Carrère, Artemio Precioso, Joaquín Belda, Fernando Luque, "Juan Ferragut", Francisco y Antonio Graciani, Alfonso Vidal y Planas, Mariano Benlliure y Tuero, Mariano Tomás, José Bruno, F. Martínez Corbalán, Díaz-Antón y otros.

DIBUJANTES:
"Demetrio", Picó, Bellón, Puig, Bluff, Mihura, Enciso, Moliné y otros.

MUCHAS GRACIAS

justifica su título, y su precio es el de

TREINTA CENTIMOS EJEMPLAR

La Novela de Hoy

OFICINAS: MENDIZÁBAL, 42

MADRID

APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Año..... 14 pesetas.
Semestre..... 8 —

EXTRANJERO

AÑO..... 22 pesetas.
Semestre..... 14 —

PORTUGAL

Año..... 16 pesetas.
Semestre..... 10 —

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pago por medio de Giro postal o sellos de correos.

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Se ha puesto a la venta

ROSA DE CARNE

POR

ARTEMIO PRECIOSO

Profusamente ilustrada

por DEMETRIO

EDITORIAL ATLANTIDA

Imprenta Artística de Sáez Hermanos.-Norte, 21.-Madrid.